

de corte, etc. (1). Pero, por regla general, el Faraon confiere al hijo el cargo de su padre, al morir éste. Por esto se dice en las fórmulas de conjuro estereotipadas de las estelas funerarias: «¡Oh vosotros que vivís en la tierra! todo sacerdote, escribiente, sacerdote funerario y todo hombre que pase por delante de esta tumba, si amais á su rey (2) y deseais prosperar en la tierra y transmitir vuestro cargo y vuestros bienes (3) á vuestros hijos, decid: Un sacrificio funerario á Osiris (ó á otro dios), consistente en bueyes, ánades, panes, cerveza, etc., para el espíritu del bienaventurado N. N. (4).»

De la gran masa de los ciudadanos distingúense, como la mas alta clase del Estado medio, aquellos que han tenido una instruccion esmerada, los estudiantes, como diríamos nosotros, los escribientes, como dicen los egipcios (5), pues la escritura forma así el fundamento como el principal contenido de toda la ciencia y ella sola da la posibilidad de leer las sagradas escrituras y de penetrar en sus secretos. Únicamente el que sabe escribir puede entrar al servicio del Estado y conseguir los altos empleos, siendo un gran señor todo aquel que puede tener un secretario. Indudablemente el conocimiento de la escritura estuvo mas generalizado durante el imperio Medio, pero los muchos escultores ortográficos y gramáticos que esculpieron las inscripciones de los altos funcionarios en las paredes de roca de Wadi-Hammamat y en la península del Sinai, donde no se podia disponer de escribientes prácticos y hábiles en el grabado de los signos (6), demuestran cuánto trabajo y cuánto estudio costaba dominar tan difícil arte. Por eso era muy natural que la verdadera clase de escribientes, en el sentido estricto de la palabra, los secretarios de las oficinas y del templo, los funcionarios inferiores, los mismos escribientes públicos, clase tan numerosa en Egipto, y todos aquellos que sabian redactar un escrito, estuviesen orgullosos de su aptitud y mirasen á todos los que se encontraban fuera de su casta con la altanería propia del que ha recibido una instruccion cuya adquisicion se considera como un trabajo difícil. En muchas inscripciones de una época posterior se ha conservado una composicion literaria del imperio Medio que es la expresion de estas ideas: titúlase «Instrucciones de Duaf, hijo de Chradi, á su hijo Pepi,» á quien ha llevado á la «escuela de escritura» de la corte y á quien excita á aprender con decision. «Pon tu corazon en pos de la escritura — le dice, — no hay nada mejor que el arte de escribir.» Y luego sigue una descripcion de la necesidad y de la miseria de todas las industrias que han de ganarse la vida con el trabajo de sus manos, en las cuales las penalidades duran todo el dia, producen poco y deforman el cuerpo.

(1) Mariette: *Abydos*, 658.

(2) Esta adición se encuentra en Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 25.

(3) Adición (literalmente «vuestra casa»), *Catal. d'Abydos*, 906.

(4) Séanos permitido citar una interesante variante de esta fórmula. El «primer sacerdote funerario en la pirámide de Mentuhotep V, sacerdote de Horo, el que une los dos países, consejero secreto del Faraon y escritor del templo, Tutu,» exhorta especialmente á sus colegas. «¡Oh vosotros, todos los sacerdotes, sacerdotes funerarios y escribientes de este templo (en Abydos) con buen nombre, pensad que era un escribiente de este templo del dios en el reino de Occidente (de Osiris).» Mariette: *Catal. d'Abydos*, 605.

(5) La inscripción funeraria de Antef (Louvre, C 26) distingue dos clases cuando al dirigirse á los hombres que viven en la tierra para que recen la fórmula funeraria, les dice: «Sea que él (todo el que llegue hasta la tumba) lea esta estela mortuoria como escribiente, sea que la oiga.» También Lepsius, *Monumentos*, tomo III, 13 c.: «Vosotros los que vivís sobre la tierra, todos los devotos, todos los escribientes que leais y todas las gentes que oigan» y otras frases análogas.

(6) Esto explica también el hecho frecuente de que aparezcan signos hieráticos cursivos en medio de los textos jeroglíficos. El que trasladaba la inscripción á la pared de roca no supo entender ó por lo menos traducir en jeroglíficos los pocos signos cursivos que su modelo contenía y por esto se limitó á copiarlos tales como estaban.

Después de esto traza con brillantes colores el contraste, es decir, el honor y las ventajas materiales que reporta el aprender á escribir (7). Andaría desacertado el que de esto quisiera deducir que la suerte de los artesanos era en Egipto peor que en otra parte: este escrito didáctico es mas bien una prueba de la pequeñez de miras del autor y de toda su clase, pudiendo con mucha razón ponerse en duda que el artista, el comerciante y aun el mismo artesano reconociesen como exacto su modo de pensar.

CAPITULO III

LA DUODÉCIMA DINASTÍA

Tan difícil como en la época de los constructores de pirámides nos es trazar, en el imperio Medio, la historia del período en que la persona de cada soberano, sus hazañas, sus disposiciones aparecen en perfiles perfectamente marcados: hemos, pues, de contentarnos con fijar los rasgos fundamentales de lo que ha impulsado la historia interna y externa del tiempo, sin que nos sea dado trazar un cuadro especial de cada reinado y de sus vicisitudes.

A diferencia de lo que acontecía en el Antiguo imperio é indudablemente con gran ventaja para la prosperidad del país, la acción de los reyes está sujeta por muchas trabas: hay que atender á todos lados; el soberano no siempre puede moverse libremente; sus medios de fuerza son muy limitados y solo en parte le es dado disponer de ellos con entera libertad, debiendo atenerse á la buena voluntad y á la confianza de poderosos súbditos. Sin embargo, tiene todavía mucho que hacer: enfrente de las tendencias locales la monarquía debe representar el interés de la totalidad; en todas partes ha de dejar sentir su acción estimulante, ha de combatir la injusticia, ha de tender su poderoso brazo sobre todo el país y ha de velar enérgicamente por los privilegios de la corona. Está fuera de toda duda que no faltaron entonces ni oposición ni movimientos hostiles. Cuando Mentuhotep, tesorero mayor de Amenemhat I, se alaba «de haber derrotado á los enemigos de su señor,» y cuando el visir de Userstes I, Mentuhotep, dice que llevó á los rebeldes ante el tribunal de los treinta (8), no se refieren sin duda únicamente á los enemigos extranjeros. Respecto de Amenemhat I nos dice un escrito, en el que habla el mismo rey, que tuvo que luchar contra rebeliones y aun contra una conjuración que por poco le cuesta la vida. Una narración poética refiere la historia de un egipcio llamado Seneha que huyendo de Amenemhat I, que le perseguía, se refugió en los territorios de un caudillo de beduinos, del Asia, hasta que siendo ya muy anciano la clemencia del rey le permitió regresar á Egipto. De Amenemhat II ha referido Manethon que fué asesinado por sus eunucos, hecho cuya veracidad histórica no puede ciertamente comprobarse.

Los hechos parecen demostrar que los reyes tomaron en serio su misión: el fundador de la dinastía especialmente era un soberano ilustre cuya fama pasó á la posteridad y á quien se consideró como modelo de monarca. Un antiguo documento, ahora casi ininteligible desgraciadamente para nosotros, pone en su boca algunas instrucciones dirigidas á su hijo sobre el arte de gobernar. Todavía habla mas en favor suyo el hecho de que después de veinte años de gobierno no se sintió con fuerzas suficientes para seguir llevando el peso de la corona y tomó, en su consecuencia, como co-regente á

(7) Una tentativa de traducción se encuentra en Maspero: *Du genre épistolaire chez les Egyptiens* (*Bibl. de l'École des hautes études*, XII, 1873), página 48.

(8) Louvre, C 1, línea 14. Mariette: *Abydos*, tomo II, 23, línea 10 (el párrafo no puede ser exactamente traducido en todos sus detalles).

su hijo Userstes I, con quien compartió el trono diez años por lo menos. Casi todos los demás soberanos de la duodécima dinastía imitaron su ejemplo (1). Con esto se consiguió evitar durante casi dos siglos todos los desórdenes que la sucesión al trono solía traer consigo y asegurar al país un gobierno estable, á pesar de algunas dificultades por nosotros mas bien supuestas que realmente conocidas.

La idea que los egipcios tenían formada de la situación de su rey está consignada en una inscripción del «representante del tesorero» Sehotepabre, que vivió en tiempo de Userstes III y de Amenemhat III, el cual en su estela funeraria mandó grabar una «instrucción á sus hijos» que puede servir de muestra del estilo excesivamente ampuloso entonces empleado en Egipto. Dice así: «Digo en voz muy alta, os doy á oír y os hago saber el precepto eterno, el precepto (que conduce á) una nueva vida y que encamina á una vida de paz. Exaltad en vuestro pecho al rey Amenemhat III, glorificadle en vuestros corazones, pues es el dios de la sabiduría, cuyos ojos penetran en cada corazón; él es Ra, cuyo esplendor contemplamos, que ilumina á Egipto mas que el sol, que hace prosperar al país mas que el gran Nilo, que llena á Egipto de fuerza y de vida, que da el alimento á los que le siguen y manjares á los que viajan por su camino. El rey es un espíritu, su boca (su palabra) es una riqueza, es el dios Chnumu en todos sus miembros, el generador, el que crea á los hombres; es la diosa Bast, la patrona de Egipto, para el que le adora, pero es la diosa Sochet contra el que viola sus mandatos (2).»

Al lado del soberano había muchos funcionarios ilustres, cuyas inscripciones sepulcrales nos han proporcionado material abundante. Ya se comprenderá que no lo hacen por el simple prurito de hablar cuando algunos de ellos consignan, en pomposas frases, sus propios méritos, su inteligencia, el cariño que les ha dispensado el rey, y se alaban de haber sido «grandes en proyectos en el castillo del rey,» (3) es decir, de haber sabido encontrar salida en todos los casos apurados. Entre ellos aparece también una dama de corte, la «verdadera parienta real» Tani, que por la sabiduría de sus palabras y por su veracidad, es decir, por sus excelentes observaciones, gozaba de gran consideración en el ánimo del rey y de la reina y solía, como otros funcionarios que de ello se alaban, recibir sus manjares de la régia mesa (4). De desear hubiera

(1) Pongo á continuación un cuadro sinóptico de la dinastía con los años, casi completamente seguros, de sus respectivos gobiernos (véase mi *Historia de la Antigüedad*, tomo I, pág. 122).

1. Amenemhat I, solo.	20 años.
con Userstes I, 10 años por lo menos.	
2. Userstes I, con su padre y solo.	42 »
con Amenemhat II, 3 años por lo menos.	
3. Amenemhat II, con su padre y solo.	32 »
con Userstes II, 3 años por lo menos.	
4. Userstes II, con su padre y solo.	19 »
5. Userstes III.	25 (?) »
6. Amenemhat III, solo.	43 (?) »
con Amenemhat IV, no se sabe.	
7. Amenemhat IV, con su padre y solo.	9 »
8. Sebakhnofre.	4 »
Total.	194 »

Como se ve, la duración total de la dinastía puede fijarse, si no con absoluta seguridad, muy aproximadamente. El papiro de Turin fija como total 213 años, un mes y 17 días, porque cuenta el tiempo que reinaron juntos padre é hijo como si hubieran reinado cada uno de ellos, es decir, lo cuenta dos veces. Los datos de Manethon (total, 176 años) son casi todos falsos, y hasta su lista de reyes contiene muchos errores.

(2) Mariette: *Abydos*, tomo II, 25, traducida por Maspero en su *Guide au Musée de Boulaq*, pág. 71.

(3) El ya mencionado Mentuhotep, Louvre, C 1.

(4) Mariette: *Abydos*, 655.

sido que esta dama hubiese dejado sus memorias, pues ahora ni siquiera sabemos durante qué reinado vivió.

Aun cuando la nueva dinastía procedía de Tebas y tenía por tanto una especial solicitud por su ciudad nativa y por sus dioses locales, y aun cuando algunos altos funcionarios hablaban de sus relaciones con Tebas ó son sacerdotes de divinidades tebanas, como del dios Montu (5), Menfis sigue siendo, como en tiempo del Antiguo imperio, la verdadera capital, residencia de los soberanos. Así, por ejemplo, cuando estos mandan hacer alguna construcción en Abydos, envían siempre á los funcionarios de ella encargados, rio arriba y no rio abajo. Amenemhat I mandó construir, al parecer, al Sur de Menfis y en el sitio que hoy ocupa Dahschur, una fortaleza llamada Tetahi (6), y en las cercanías de aquella ciudad se encuentran todavía los sepulcros de los reyes de la duodécima dinastía, á cuya época pertenecen quizás las pirámides de ladrillo de Lischt, al Sur de Dahschur, é indudablemente las de Fayum. Como se ve, Amenemhat I y sus últimos predecesores de la undécima dinastía intentaron, bajo este punto de vista, anudar la tradición del Antiguo imperio: también aparecen aunque aisladamente en las inscripciones sepulcrales nombres y sacerdotes de las pirámides de los reyes, como la del último Mentuhotep (7). Las construcciones de la duodécima dinastía no pueden ser ciertamente comparadas con las colosales de los antiguos tiempos. El hecho de haber sido resucitado el culto de los antiguos soberanos, como el de Zoser, Snofru, Chufu y Ani, y el de que los reyes les levantan estatuas demuestran que se quiso conservar ó restablecer la tradición de los gloriosos tiempos pasados.

La solicitud de los reyes por el desarrollo de su país es lo primero que á nuestra vista se ofrece en las construcciones por ellos erigidas á sus padres y á los dioses de algunas ciudades y para las cuales mandaban sacar la piedra de Ro'au (Turra) y de Rohanu (Hammamat). Los que mas actividad mostraron en este concepto fueron Amenemhat I y su hijo Userstes I, á quienes se debe la construcción del templo de Amon en Apet, barrio de la ciudad tebana que sirvió de base para el conjunto de templos de Karnak, que poco á poco se fué formando en tiempo del Nuevo imperio. En Dendera Amenemhat I reedificó el antiguo templo de Hathor. Userstes I construyó, en Heliópolis (Anu), el gran templo de Tum, del cual se conserva todavía un obelisco que lleva su nombre. En tiempo de Amenemhat II, se alaba un funcionario de haber «realizado construcciones en los templos de los dioses del Sur y del Norte (8).» Userstes III hizo construir en Heracleópolis (Chenensu) un templo á Harschaf, el de la cabeza de carnero. En Menfis, el templo de Ptah demuestra el afán de construir que animaba á muchos reyes de esta dinastía (9). Estos reyes parece que favorecieron especialmente á la ciudad de Tanis, situada en el delta, cerca de la frontera oriental, en la cual ya Pepi I había hecho algunas construcciones: las demás ciudades del delta nos son todavía tan poco conocidas, que la falta de noticias sobre ellas no nos permite sacar consecuencia alguna. Mas que ninguno de los lugares citados disfrutó la ciudad santa de Abydos de los favores especiales de los soberanos del imperio Medio, los cuales construyeron en ella el templo de Osiris, lo restauraron

(5) Louvre, C 1.

(6) Véanse el papiro de Turin y las inscripciones de Mariette: *Abydos*, tomo II, 22; *Catal. d'Abydos*, 879, 905, en las cuales, sin embargo, no se me presenta claro el pasaje en que se menciona el lugar.

(7) Mariette: *Abydos*, 605. Louvre, C 2. Lepsius: *Monuments*, tomo II, 134 c. En las inscripciones se habla muchas veces de los trabajos para los mausoleos de los reyes.

(8) Piehl, p. 12 c.

(9) Amenemhat I: Mariette, *Mon. div.*, 34 f. Userstes II, id. 27 a.

varias veces y lo adornaron con sus estatuas. Aun cuando en los posteriores tiempos aparecen en esta ciudad mas grandiosas construcciones, en armonía con los recursos mas poderosos y con las ideas religiosas del imperio Nuevo, el verdadero período floreciente de la ciudad del «dios del reino de Occidente» corresponde al imperio Medio. Se han conservado muchas estatuas de reyes que adornaban estas construcciones, especialmente de las de Tanis, algunas de ellas de excelente trabajo.

Algunas veces se habla tambien de otras obras: así, por ejemplo, Amenemhat II mandó labrar 15 estatuas del rey Amenu para el mausoleo erigido á este rey (¿en Tebas?) (1). Si tenemos en cuenta que solo poseemos noticias ó ruinas, por casualidad conservadas, de las antiguas construcciones, despues completamente restauradas, no podremos decir que fuese extraordinaria en todo el Egipto la actividad constructora de los Faraones de la duodécima dinastía: los recursos que antes se aplicaban exclusivamente á los colosales sepulcros del rey, se emplearon en la época de que ahora tratamos en fomentar el bienestar general del país.

Un lugar hay, sin embargo, en el cual se nos presenta en grandes proporciones la solicitud de la duodécima dinastía, tal es el Fayum.

El Fayum forma, como es sabido, una gran depresión á manera de oasis en medio del desierto libio, muy cerca del valle del Nilo: su punto mas bajo está en el extremo occidental de la comarca, cubierto por un lago, Birket-el-Qerun, cuyo nivel es de 40 metros sobre el del mar y de mas de cincuenta debajo de las aguas del Nilo. Antiguamente este nivel era mas alto y la superficie de las aguas mucho mayor. Al Este, el Fayum está unido con el Nilo por medio de una angosta hendidura que atraviesa la cadena de colinas que forma el extremo del desierto libio; por esta hendidura la naturaleza ó el hombre han llevado hasta el Fayum un brazo del Nilo, el Bahr-Yussuf, que inmediatamente despues de penetrar en esta comarca se subdivide en muchos canales que distribuyen el agua á los campos en todas direcciones, haciendo del Fayum la provincia mas fértil y que mas rendimientos proporciona de todas las de Egipto. A consecuencia de la forma de bancales en que el país va descendiendo hasta Birket-el-Qerun, el agua que no ha sido absorbida por las tierras acaba por precipitarse en este lago.

En el centro de la comarca levántase actualmente la ciudad de Medinet-el-Fayum, que los antiguos llamaban Schedet y los griegos ciudad del cocodrilo porque en ella tenia su templo Sebak, el de la cabeza de cocodrilo, divinidad tutelar de la provincia (2). El nombre de Fayum es copto y significa «el lago»; igual significado tiene el antiguo nombre egipcio de la provincia Ta schet, «el país del lago».

El progreso de este país hasta llegar á ser una provincia rica y floreciente parece ser, en lo mas esencial, obra de la duodécima dinastía. Las pocas ruinas de tiempos antiguos que en Fayum se encuentran corresponden casi exclusivamente á ella. En la capital, Krokodilópolis (Schedet), cons-

(1) *Revista Egipcia*, 1874, 113.

(2) En tiempo de los griegos la ciudad fué ensanchada y tomó el nombre de Arsinoe. Sabido es que hace unos diez años se descubrieron en los inmensos y poco explorados montones de escombros que cubren el sitio donde estuvo la antigua ciudad, muchos pedazos de papiro escritos en griego, en copto, en persa, en hebreo y en árabe; cartas, cuentas de la ciudad, documentos privados y públicos y fragmentos de obras literarias. Estos documentos de inapreciable valor, cuyo número se aumenta de día en día y que, en su mayor parte, proceden de los tiempos del imperio romano y de los primeros siglos de la dominación árabe, solo en muy pequeña parte han sido hasta ahora examinados y utilizados. Véase la descripción que hace Schweinfurth de los restos de la ciudad en la *Revista de la Sociedad Geográfica*, XXII, 1887.

truyó Amenemhat I un templo consagrado á Sebak y mas hácia el Sur, junto á la aldea de Begig, levántase un obelisco de su hijo Usertes I, prueba palpable de que en tiempo de éste ya habia aquí una ciudad floreciente. La pirámide de Hawara, construida con ladrillos de limo del Nilo en la entrada del Fayum, y la de Ellahun, levantada en el sitio en que el canal deja el valle del Nilo para penetrar en la mencionada angosta hendidura (3), pertenecen indudablemente á soberanos de la duodécima dinastía. La primera es debida quizás al rey Amenemhat III, pues cerca de ella se encuentran algunas ruinas procedentes de las construcciones llevadas á cabo por este monarca y por su sucesor Amenemhat IV, además de que el primero hizo extraer piedras de Hammadat para el templo de Sebak, de Schedet (4). Estos dos reyes —si no ya sus antepasados—residieron con preferencia ó exclusivamente en el Fayum, lo cual explica que á fines de la duodécima dinastía, Sebak, el dios tutelar del Fayum, llegase á ser una de las divinidades mas populares de Egipto, cuyo nombre dieron á sus hijos muchísimos egipcios de todas las regiones del país. La hermana y esposa de Amenemhat IV, que le sucedió en el trono, lleva tambien el nombre de este dios, pues se llama Sebaknofure, y en la siguiente dinastía estos nombres, como mas adelante veremos, son muy frecuentes.

Es indudable que al lado de los templos y de los mausoleos existieron otras construcciones, especialmente las esclusas, diques y canales que regulaban el curso de las aguas que penetraban en el Fayum. Por las descripciones de los griegos sabemos que en Ellahun, en el punto en que el canal, de José sale del valle del Nilo, se encontraba una gran esclusa que en la época de las inundaciones hacia penetrar en el Fayum las altas mareas, al paso que cuando el rio bajaba hacia que las aguas se precipitaran nuevamente en él (5). La esclusa se encuentra aun en el día en el mismo sitio, pero hoy no es posible que en el período de las aguas bajas vuelvan las aguas al Nilo, como el lecho del canal al Oeste de la esclusa es demasiado profundo, siendo de creer que las aguas lo ahondaron despues hasta ponerlo en el estado en que hoy

(3) Véanse las reproducciones en Dumichen.

(4) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 138 e.

(5) Estrabon, que describe como testigo presencial y con su acostumbrada diligencia, dice (XVII, 1, 37): «El lago Mœris es suficientemente grande para recibir las aguas de la inundación sin que se inunden los terrenos habitados y cultivados: cuando las aguas están bajas devuelven por el mismo canal y por su otra abertura el agua sobrante, y de esta manera el lago y el canal contienen agua suficiente para el riego del país. Esto se realiza por medios naturales, pero además de éstos hay en las dos aberturas del canal una esclusa por medio de la cual los ingenieros regulan el agua que entra y la que sale. Estrabon, pues, no conoce mas que un canal, precisamente el mismo que en Ellahun se ramifica y que recibe el agua por el Sur, y en la época del bajo nivel de aguas la devuelve por el Norte (hácia Menfis), de modo que tiene por la parte de Egipto dos aberturas. Estas, sin embargo, no se encuentran en el lago Mœris, como dicen los que confunden el lugar. En la descripción de Estrabon no hay nada que no pueda explicarse perfectamente por las actuales condiciones del Fayum, prescindiendo del error, muy perdonable, de suponer que el lago Mœris puede devolver sus aguas al Nilo, cosa imposible á consecuencia de su bajo nivel. — Con los datos de Estrabon concuerdan perfectamente los de Herodoto (II, 149): «Las aguas llegan al lago Mœris procedentes del Nilo por medio de un canal: durante seis meses, las aguas corren hácia el lago; durante otros seis se dirigen hácia el Nilo.» Despues de esto, menciona el autor lo mucho que produce la pesca en el canal. — Diodoro no puede ser tenido en cuenta como testigo imparcial, pues la fuente donde tomó sus datos (Hecataeo de Abdera?) no hace mas que recortar cronológicamente y dar color á los datos de Herodoto. Lo que dice de que el lago Mœris se construyó para regular las inundaciones, cuyas aguas debia distribuir de una manera igual, no es mas que uno de tantos adornos: ningun otro escritor (pues Tácito al decir en sus *Ann.*, tomo II, 61, *Lacus effossa humo superfluentis Nili receptacula*, quiere decir una cosa muy distinta) ha emitido esta opinión, y mucho menos Estrabon, el único á quien se puede conceder incondicional confianza.

se encuentra, cuando antiguamente corrian al mismo nivel. A esto hay que añadir que el nivel del valle del Nilo ha crecido bastante con el transcurso de los siglos. De esta suerte se explican fácilmente los datos de los antiguos.

Refiere Herodoto que un antiguo rey egipcio á quien llama Moiris mandó abrir en las cercanías de Krokodilópolis un gran lago de 3,600 estadios de circunferencia y de 50 brazas de profundidad en el punto mas hondo. Este lago, en cuyo centro se levantaban dos pirámides, recibia por los dos citados canales el agua que durante seis meses corria hácia él y durante otros seis hácia el Nilo. Antiguamente se tomó este lago, al cual los griegos llamaron Mœris atendiendo á su fundador, por el de Birket-el-Qerun, hasta que en 1840 Linan-Bey emitió la opinion de que en la parte superior del Fayum existia una obra artificial de modestas dimensiones, situada al Este de Krokodilópolis, en la cual el agua conducida por canales era contenida por diques. Durante mucho tiempo esta opinion ha sido considerada como buena y el mismo Lepsius creyó reconocer en algunos diques de escasa resistencia los restos del antiguo muro de circunvalacion. Recientemente, sin embargo, han surgido poderosas y justificadas dudas acerca de la realidad de esta construcción. Algunos autores han vuelto á la antigua hipótesis: un investigador inglés llamado Whitehouse pretendió demostrar que el lago estaba en la profunda depresión que actualmente existe completamente deshabitada al Sudoeste del Fayum: en cambio, el mejor conocedor de estos territorios, G. Schweinfurth, no se atreve todavía á formular su juicio (1).

Si intentamos llegar á una solución concreta, habremos de hacer constar ante todo que Estrabon, en su descripción del lago Mœris no califica á éste de construcción artificial. «Es grande como un mar, tiene el color del mar, y sus orillas se parecen á las playas marinas» dice, y añade que es suficientemente grande para recibir las altas aguas del Nilo sin desbordarse. En esta descripción no hay nada que no pueda aplicarse al actual Birket-el-Qerun. Asimismo dice Herodoto que la ciudad de Krokodilópolis estaba situada mas arriba, es decir al Oeste del lago Mœris (2), lo cual concuerda perfectamente con el Birket-el-Qerun y en manera alguna con el lago Mœris de Linant, que debió de estar situado al Este del Fayum. Además la opinion emitida por Herodoto de que el lago fué una construcción artificial — opinion que, copiándola de él, han emitido despues muchos autores—es una simple hipótesis que descansa en el hecho de existir en el lago dos pirámides: el mismo Herodoto se admira al pensar qué se hizo de la tierra de allí extraída. Esta argumentación no tiene para nosotros valor alguno y, como llevamos dicho, está rechazada tácitamente por Estrabon. Finalmente, es indudable que Birket-el-Qerun no data de fecha moderna, sino que existia ya en la antigüedad; de modo que á haber existido el lago Mœris en el sitio en que lo supone Linant, hubiera habido entonces en el Fayum dos lagos, circunstancia de la cual no nos habla ninguno de los autores antiguos.

En su consecuencia, lo mas probable es que el lago Mœris y el Birket-el-Qerun sean una misma cosa y que éste tuvo antiguamente, como lo demuestran sus orillas, mayor circuito que hoy (3). En cambio nada podemos en el día decir

(1) *Revista de la Sociedad Geográfica*, tomo XXI, 1886, pág. 96, con un excelente mapa que constituye el complemento del publicado por Schweinfurth en la misma revista (tomo XV, 1880), según datos trigonométricos de Rousseau-Bey.

(2) II, 148. El Laberinto está emplazado ὄλιγον ὑπὲρ τῆς Ἰμνῆς τῆς Μοίριος κατὰ προκοδομένων καλεσμένην πόλιν μάλιστα κη.

(3) No debe sorprender a nadie que Herodoto y Plinio exageraran desmedidamente el perímetro del lago, pues no hay mas que tener en cuenta la exageración de las dimensiones de las pirámides.

acerca de las dos pirámides que, según Herodoto, se levantaban en él, las cuales se elevaban 50 brazas sobre el nivel de las aguas y penetraban á otras tantas de profundidad y en cada una de ellas habia una estatua colosal sentada (4). De todas maneras nada tiene el lago que ver con el rey Mœris de la leyenda, ni con las medidas adoptadas por los soberanos de la duodécima dinastía para fomentar el bienestar del país. Lo que estos se proponían con sus construcciones del Fayum no era, como opinan Diodoro y otros muchos autores modernos, hacer un depósito para regular la inundación, sino roturar una nueva provincia, conquistar un terreno laborable extenso y extraordinariamente productivo (5).

No podemos despedirnos del Fayum sin mencionar otra enigmática curiosidad, cual es el laberinto. Los antiguos no se cansan de admirar las maravillas de esta magnífica construcción con sus innumerables aposentos. Era un gran edificio á manera de templo con muchos patios, en los cuales, según se dice y según parece confirmar un papiro del tiempo de los Tolomeos, se encontraban santuarios consagrados á todos los dioses principales de Egipto y se reunían los representantes de todos los distritos para las ceremonias de sacrificios y para celebrar las asambleas judiciales. Al extremo del edificio estaba la pirámide que servia de sepulcro al constructor. Acerca de quién fué éste están discordes todos los datos que poseemos. Herodoto dice que fué obra de la legendaria Dodecarquía, es decir, de los régulos que en los períodos asirio y etiópico anteriores á Psammético I gobernaron en distintos puntos de Egipto: otros autores citan nombres no históricos; Manethon lo atribuye al rey Lachares, de la duodécima dinastía, que viene á corresponder á Amenemhat III. Este dato parece ser el verdadero; pero en lo que andan muy discordes las opiniones haciendo imposible emitir un juicio decisivo, es en lo que se refiere á si corresponden á este maravilloso edificio, como á menudo se ha creído, las escasas ruinas que se ven en Hawara, á la entrada del Fayum, cerca de la ya citada pirámide. De todas suertes el punto en que estos restos se encuentran corresponde perfectamente al que Estrabon indica como sitio en que estaba el laberinto (6). Según parece, era éste un magnífico palacio construido por los últimos reyes de la dinastía duodécima y debia servir á la vez de centro de la administración y del culto del imperio.

No tenemos noticias claras acerca de la administración del «país del lago». En tiempo de los Tolomeos vemos aquí mencionados veintidos distritos. Un funcionario del imperio Medio, Sebakhotepe (7), se denomina «gran conde en el país del lago», «ejecutor de los encargos del rey en las islas del país del lago», «conde del estanque del Sur y del Norte» (8), «director de los estanques (ó pantanos) de las diversiones», en los cuales se deleitaba el rey cazando y pescando, según nos dice la inscripción. Las imágenes que encontramos en los se-

(4) ¿Se referirá esto á las islas de Birket-el-Qerun?

(5) Poseemos fragmentos de papiro bastante extensos del tiempo de los Tolomeos, que tratan esquemáticamente y desde puntos de vista religiosos del Fayum y del Laberinto, y que probablemente en su origen formaban parte de un mismo escrito. El cuidadoso exámen á que recientemente ha sometido Pleiyte estos manuscritos (*Verhandlungen der Akad. van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde*, t. XVI, Amsterdam, 1886), ha dado los mismos resultados mas arriba mencionados.

(6) XVII, 1, 37; «dista de la primera entrada del canal (es decir, de Ellahun) unos 30 ó 40 estadios (aproximadamente una legua).» Esto nos llevaria hasta la comarca de Hawara. Por lo demás, véase Dumichen y la lámina correspondiente.

(7) En Nuville: *Recueil*, tomo I, pág. 107. El padre de Sebakhotepe es tambien conde. Quizás pertenece á los tiempos de la décimatercera dinastía.

(8) Véase «los dos grandes estanques de agua de Heracleópolis», *Libro de los muertos*, 17, 16.